





José Luis Prieto Garrido

El toro bravo en el campo



ALMUZARA

© JOSÉ LUIS PRIETO GARRIDO, 2014
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2014

Primera edición: abril de 2008
Segunda edición: abril de 2014

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

EDITORIAL ALMUZARA • COLECCIÓN TAUROLOGÍA
Director editorial: ANTONIO E. CUESTA LÓPEZ
www.editorialalmuzara.com
pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

Imprime: Gráficas La Paz
ISBN: 978-84-16100-32-3
Depósito Legal: CO-716-2014
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

*Para Gloria, mi esposa;
para mis hijos, José Luis, Jesús y Rafa,
y para mi tío José Antonio, por todo lo que
ha significado en mi vida profesional.*



Índice

<i>Presentación</i>	9
Comportamiento del toro bravo en el campo	11
El semental en la ganadería brava	25
La vaca brava	41
La cubrición y la gestación de la vaca brava	69
El parto y el nacimiento de los becerros	85
La identificación del recién nacido	99
El herradero	107
El libro genealógico de la raza bovina de lidia	161
Los cabestros en el manejo del toro en el campo.....	199
Tienta de hembras	213
Tienta de machos en la plaza	239
Tienta de machos a campo abierto.....	261
El prototipo racial del toro de lidia	277
Prototipo racial en función del encaste de procedencia.....	283
Los ganaderos de bravo	313
La alimentación del vacuno de lidia.....	355
Alojamientos e instalaciones para el ganado de lidia	367
<i>Diccionario campero del toro y terminología más usual</i>	381



Presentación

Decía Jorge Laverón, investigador español, que la taurología es la ciencia del toro de lidia. En el estudio científico del toro de lidia cabe la biología, la veterinaria, la zoología, la genética, la ecología y otras ciencias sociales como la economía, la ciencia y filosofía de la religión, la historia, la mitología y el folclore.

Después de la publicación de *Cómo ver el toro en la plaza*, editado también por Almuzara, sentí que quedaba un vacío que me dije algún día cubriría, y que no es ni más ni menos que mi visión del toro en su hábitat natural, la dehesa, el medio en el que se desenvuelve, el comportamiento con sus congéneres, el curso evolutivo de su vida, desde que nace hasta que ya, en su plenitud, acude a la plaza para competir en noble lucha sobre el albero con su principal contrincante, el lidiador.

En el libro que el lector tiene en sus manos he pretendido, por encima de todo, plasmar un texto claro, conciso y fácilmente legible. He hecho uso de una gran cantidad de fotografías —muchas de ellas renovadas respecto a la anterior edición— que, a lo largo de estos últimos años, he realizado en el campo, con textos a pie de las mismas que, de alguna manera, aclaran situaciones íntimamente relacionadas con el contenido del capítulo en cuestión.

Ni que decir tiene que este no hubiera sido posible sin la inestimable y abnegada ayuda y cooperación de esas personas a las que tanto admiro, sobre todo por el enorme valor que demuestran enfrentándose a tan difícil tarea como la que supone la cría del toro bravo, y que son los ganaderos. Muchas gracias a todos,

porque se han volcado conmigo desde el momento en que les planteé el objetivo que estaba persiguiendo y les solicité ayuda.

Independientemente del protagonista principal, que es el toro de lidia, he querido dedicar capítulos específicos a «su hembra», la vaca brava, por la importancia que supone en el devenir de la cría de las futuras descendencias, puntualizando actitudes que solamente un animal tan noble y exclusivo es capaz de mostrar con sus retoños.

Capítulos como la cubrición, el nacimiento de los becerros, el herrado de las reses, la tiente, la alimentación y muchos más, sin olvidar a esos animales tan fundamentales e indispensables en el manejo del bravo que son los cabestros, tienen cabida en el libro que ahora ve la luz.

En esta segunda edición se han matizado términos y actualizado conceptos, que podrían no haberse quedado lo suficientemente claros. Espero que les guste, ¡va por ustedes!

COMPORTAMIENTO DEL TORO BRAVO EN EL CAMPO

El toro bravo, qué duda cabe, es el animal más altivo y desafiante con sus congéneres de los que viven en la dehesa. No significa esto que el toro de lidia tenga un temperamento violento. Al contrario, el toro bravo se comporta pacíficamente, moviéndose lentamente, comiendo y rumiando durante muchas horas al día por sus dominios, ya que su sistema digestivo es lento y necesita mucha energía.

Pero eso sí, al toro en el campo hay que moverlo despacio, sin tirones ni movimientos bruscos, sin prisas, hablándole continuamente para que tome la confianza necesaria, pero cuidando siempre de no perderle la cara ni acosarlo.

Tengan en cuenta que un toro alterado y excitado se arranca a todo lo que se mueve, y que lo mismo que es sumamente fácil enfadarlo, es igualmente difícil tranquilizarlo y apaciguarlo.

Hay tres instintos que el toro conserva de su ancestral vida salvaje, que son: el vivir en manada o asociacionismo, la imitación y la conservación de la especie. El vivir en manada es un instinto demostrado por el hecho de que cuando se ve solo, sea por el motivo o circunstancia que sea, se excita, se enfurece, llegando incluso a atacar. Por el instinto de la imitación, el toro bravo sigue al cabestro; y por el de conservación de la especie, el toro lucha y delimita su soberanía.

Poco a poco, llega a la madurez haciéndose más solitario, posiblemente debido a que, al haber alcanzado su nivel óptimo de

conformación física y muscular, su aprendizaje se orienta hacia un aspecto más psíquico e intelectual.

El toro bravo es un animal que no necesita atacar a nadie para comer, como ocurre en otras especies, lo que no significa que no se defienda cuando es atacado. Está dotado de una gran reacción defensiva, desconfiando de lo que le extraña y asustándose ante aquellas situaciones que no les son familiares, por lo que el toro en el campo no ataca pero espera la posibilidad de ser atacado, y cuando esto sucede, le falta capacidad para medir la posible superioridad que pueda tener su atacante, lo que le lleva a arremeter con ceguedad.

El temperamento de este tipo de ganado hace que se produzcan constantes peleas que obedecen a la implantación permanente y continua del nivel jerárquico en la manada. Los animales que aspiran a ser los reyes del territorio luchan contra el que lo posee para intentar desbancarle y ocupar su lugar, con todo lo que esto supone. El proceso jerárquico suele ser progresivo, de tal manera que un toro dominará a otro, este a un tercero y así sucesivamente hasta llegar al último, que será el servidor de todos los demás.

Cuando se produce la introducción de una nueva manada de reses en el cercado pueden ocurrir dos situaciones: la primera, más frecuente, es que acepten el estatus ya existente y establecido, y la segunda, más inusual, es que alguno de los nuevos quiera establecer otra jerarquía. Este segundo caso no conlleva forzosa-mente a que se produzca una lucha con el «jefe», ya que la mayoría de las veces es suficiente la demostración mediante desafíos, empujones y pequeñas agresiones. Es también relativamente habitual que algunos integrantes de la manada ayuden al aspirante a establecer su liderazgo en el efectivo. Y aquí aparece la figura del toro «abochornado»; aquel que era el «mandón» de la piara y a quienes sus propios compañeros le han propinado una soberana paliza. Este animal se convierte en un solitario que se aísla de la manada, deambulando por la dehesa, violento, que resopla desafiante. Estos son los realmente peligrosos, toros imprevisibles y traicioneros. Cossío refiere en su obra *Los Toros como Camposolo*, un toro cárdeno del marqués de Salas, solitario, abanto y malhumorado, que en cuatro años mató a cornadas a cuatro toros de su camada, una vaca y dos becerros. El día de su encajonamiento

para enviarlo a la plaza resultó una auténtica tortura, siendo luego en su lidia un toro vulgar y sin transmisión.

Pero ojo, que no significa que un toro acobardado no pueda ser luego un gran toro en la plaza y demostrar una gran bravura. Lo mismo que aquellos toros bravucones en el campo, que siempre están incordiando y provocando a sus hermanos, luego pierden esa agresividad en la plaza, viniéndose abajo cuando llega la hora de la verdad.

En ocasiones, y ya asumida su situación en la manada por la totalidad de los toros, entra un nuevo animal en escena que, a modo provocativo, incita a la pelea. Si el toro retado acepta la lucha, ambos chocarán con violencia sus defensas, empujando con todas sus fuerzas y con todas sus ganas, de tal manera que si alguno de ellos manifiesta flojedad y vacilación, el otro acometerá con fiereza intentando herirle y lesionarle. Lo normal es que el primer encuentro acabe en tablas y que ninguno ceda en su lucha.

Como consecuencia de las continuas luchas que se producen en el campo, el número de animales inutilizados puede cifrarse en torno al 5-10%, dependiendo del encaste, tipo de toro y condiciones ambientales como, clima y espacio disponible.

Pero ¿cuáles son los parámetros que determinan el orden jerárquico en la manada? En primer lugar el tamaño de los cuernos y el afilado de los pitones; en segundo lugar el volumen y peso del animal, y, por último, la fuerza, furia y agresividad que emplea el astado. Todo esto unido es lo que confiere el liderazgo sobre el resto de la manada.

Y ¿cómo se producen las peleas? Ya hemos comentado anteriormente algún detalle al respecto, pero vamos a puntualizar. Lo primero que se aprecia es que ambos astados bajan la cabeza apuntándose con los cuernos, mugiendo, resoplando y reculando para tomar el impulso necesario para el envite, intercambiando golpes con las astas y midiéndose con los pitones como si de espadachines se tratasen, empujando con la fuerza que su impresionante musculatura cervical, torácica, abdominal y de cuartos traseros pueda desarrollar.

El resultado de todo esto puede ser que las fuerzas estén igualadas, en cuyo caso los contrincantes buscarán el momento oportuno para cornear a su oponente en los flancos, que son las zonas

más débiles, a la altura de la cavidad abdominal, o bien que uno de ellos reculee ante la fuerza de su adversario y huya rápidamente, siendo perseguido por el primero para cornearle, de tal manera que, si cae herido, su oponente lo atacará hasta la muerte. El resto de la manada, expectante ante la situación, reaccionará mugiendo, emitiendo extraños bramidos que presagian violencia, con movimientos convulsos e incontrolados, peleándose entre ellos e incluso arremetiendo contra el toro herido.

Quiero hacer un inciso en este punto del capítulo y mencionar la especial importancia de los perros en el manejo del toro en el campo. Su función principal es la de acorralar y dominar a la res. No importa la forma ni el modo, sea mordiendo las patas, las orejas o de otra manera, al final consiguen su objetivo, separando los toros que pelean, embarcando reses de difícil manejo e incluso defendiendo al personal de la ganadería en un momento apurado.

Pero no piense el lector que los toros están permanentemente luchando y peleando entre sí. Al contrario, una vez establecida la situación jerárquica, una simple señal de amenaza es suficiente para que el animal advertido incline la cabeza y dé la vuelta, desapareciendo de la escena en señal de sumisión.

Hay un hecho que se da con relativa frecuencia en el ganado bravo. Se trata del toro *bravucón*; aquel que continuamente está incordiando y que, un buen día, sus propios hermanos de camada se asocian contra él y le aplican un eficiente correctivo. Estos animales vencidos acostumbran a seguir una vida solitaria, apartados del resto de la manada, alejándose y escondiéndose para no ser vistos, dándose la circunstancia de que suelen tener a la postre un mal comportamiento durante su lidia, manseando y refugándose en las tablas.

Partimos de la base de que esa jerarquización a la que hemos hecho referencia anteriormente implica que cada res va a disponer de un espacio seguro, que es su zona personal, y de una zona de terreno por la que, en principio, se va a mover. Esta segunda zona, que podríamos denominar «social», es la que va a delimitar las situaciones de dominancia, igualdad o sumisión. Pero hay un tercer espacio a considerar que es la zona de huída, aquella que precisa el animal para poder escapar de sus rivales en momentos de peligro. Y esta vía de escape va a estar dirigida hacia su queren-

cia natural, bien hacia su zona personal o bien a donde pueda reunirse con sus hermanos de camada, de tal manera que, si alguien o algo se interpone en su camino, arremeterá contra él o contra ello sin calcular las consecuencias derivadas de su acción.

El simple hecho de marcar territorio con sus excrementos y orina —como lo hacen otras especies—, escarbar con sus pezuñas, cornear el suelo levantando sobre su cabeza el polvo de la tierra o arrancar la corteza de los árboles que circundan su zona de seguridad, son signos de posesión del terreno, sobre el que, bajo ningún concepto, permitirá intromisión alguna.

No significa esto que cada vez que el toro realice alguna de las operaciones indicadas anteriormente esté dando muestras de comportamiento jerárquico. Cuando un toro frota sus cuernos con árboles, paredes o piedras, lo que está realizando es una limpieza de sus cuernos; cuando escarba y se echa tierra sobre los lomos, sobre todo en épocas de calor, está buscando refrescarse con la misma y ahuyentar, hasta cierto punto, a las molestas moscas.

Una curiosidad —que no tiene más importancia que eso— muy exclusiva del ganado vacuno en general es que, cuando defecan u orinan, procuran por todos los medios no mancharse. Para ello doblan los lomos y, mediante un movimiento de arqueo, impulsan el cuerpo hacia delante a la vez que separan las extremidades posteriores y levantan la cola.

El toro bravo realiza también otras acciones comunes a muchas especies animales: rascarse la cabeza y las orejas con las patas o lamerse ollares, bragada y, en general, todos los lugares accesibles con su lengua; son movimientos realizados con el fin de eliminar parásitos, limpiar la zona y evitar la proliferación de ciertos gérmenes productores de enfermedades.

Es común observar como unos animales lamen a otros. Hay opiniones opuestas según para qué estudiosos del tema. Para algunos es signo de sumisión en el orden jerárquico de la manada. Para otros, simplemente, el «lamedor» aprovecha las sales que genera el sudor de su congénere, tan importantes para él.

Hay que saber «andar entre los toros», mantener la distancia adecuada, colocándose de espaldas a los mismos y vigilando siempre, al arrearlos, que estos tengan un camino fácil hacia su querencia.

El toro bravo no es un animal que busque ni desee la lucha con

sus congéneres, al contrario, siempre que encuentre una salida, la tomará. Sólo cuando no vea vía de escape posible afrontará el duelo.

Es extraño que una res brava, en condiciones normales de manejo, se arranque en el campo. Me atrevo a decir que únicamente la soledad, el no estar en compañía de sus hermanos de camada y el cortarles la retirada hacia su querencia son las tres premisas que van a poder provocar esa situación.

El toro bravo posee una serie de cualidades que van a determinar su arrojo y valentía para arremeter contra todo lo que le excita, así como una gran habilidad y capacidad para, sobre la marcha, cambiar de objetivo; es decir, que citado por una persona, el movimiento de una segunda es suficiente para que realice un cambio brusco en décimas de segundo hacia ese nuevo objetivo.

Y qué decir de su excelente memoria. Esto justifica el comportamiento de algunos toros en el ruedo que, habiendo recibido castigo en el campo por parte del hombre, lo recuerda, y desde que comienza la lidia embiste al torero antes que al capote.

Lo mismo que los cabestros son adiestrados, aprendiendo y cumpliendo su cometido con buen sentido, conduciendo los toros a corrales y embarcaderos y realizando otras faenas propias del campo, al toro, por el contrario, se le mantiene lo más alejado posible de la civilización, aislado con sus hermanos de camada, lejos de la más mínima convivencia con el hombre, sólo con el mayoral. Con esto se busca que el toro bravo llegue a la plaza donde se va a lidiar con la más pura inocencia, y así acuda mejor a la llamada del engaño cuando se lo ofrece el lidiador.

También hay que cuidar la «familiaridad» que puedan adquirir los animales en las épocas de carestía, cuando llega el verano y los meses de calor reducen la cantidad de pastos, haciéndose necesario el suministro de placas de heno y forraje, ya que la costumbre al racionamiento diario del alimento del toro puede conllevarle cierto grado de mansedumbre.

Dos van a ser los factores que van a influir poderosamente en las características físicas de nuestros toros: la altitud y la temperatura.

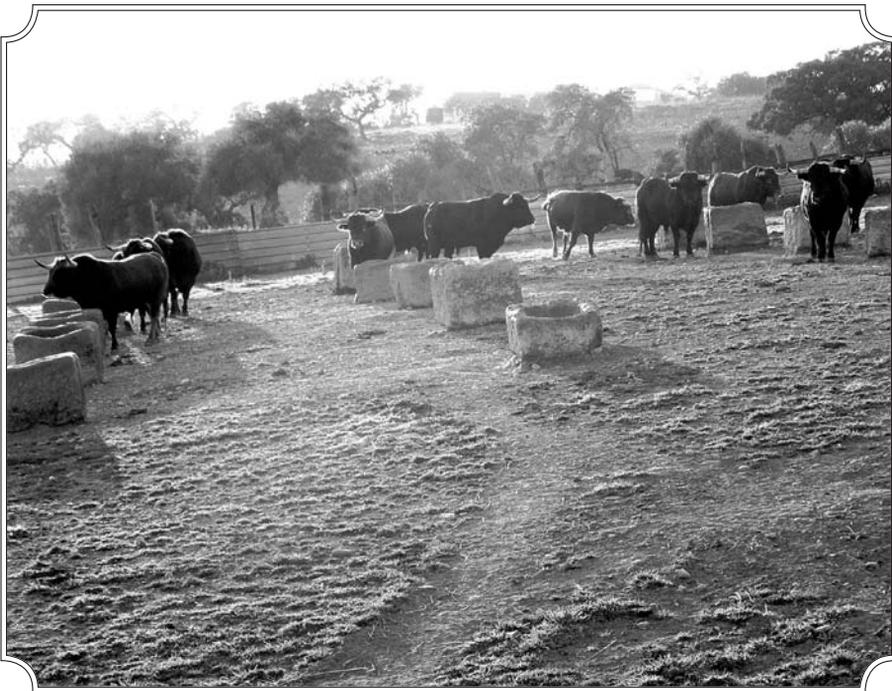
La altitud lo va a hacer en la talla, hasta el punto de poder distinguirse perfectamente el tipo de toro de montaña y de llanos, el de la zona norte del país y el de Andalucía. El de montaña es de menor talla, más relleno de carnes y con la pezuña más dura

y fina, con una resistencia superior a las inclemencias del tiempo y una dureza consecuencia de los fuertes esfuerzos de subida y bajada que realizan. Por otro lado, la temperatura va a afectar a la piel, de tal manera que, en las zonas más frías del norte de España, la piel de los bovinos es más gruesa y está recubierta de abundante pelo espeso, siendo de un color más oscuro y más vivo, y, por el contrario, los de la zona sur la van a tener más fina y con menor espesura de pelaje. Por su parte, los que viven con temperaturas extremas o con bruscos cambios, experimentan una excitación sobre todo del sistema nervioso y el tiroides, afectando indirectamente al desarrollo, nutrición y psiquismo del animal.

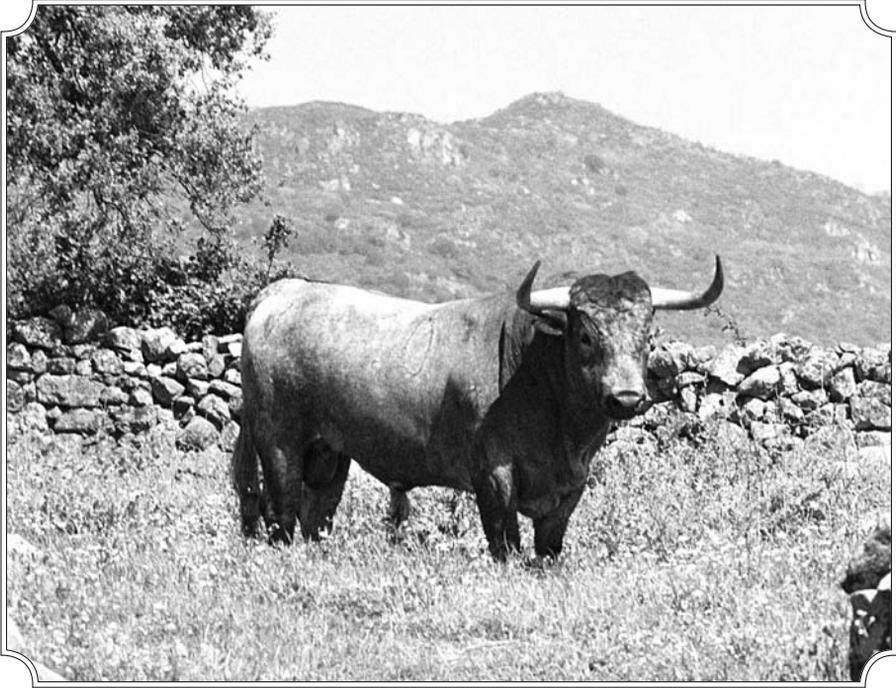
El toro bravo precisa de personas capacitadas y dispuestas para su cuidado. Qué duda cabe que el número de estas dependerá del número de cabezas disponibles y del tamaño en extensión de la ganadería. Por supuesto es necesario que por encima del personal de la finca haya una persona que se erija como máximo responsable y que organice todas las faenas camperas, que es el mayoral, quien conoce perfectamente a todos y cada uno de sus toros.



COMPORTAMIENTO DEL TORO BRAVO EN EL CAMPO



El toro bravo se comporta pacíficamente, moviéndose lentamente y comiendo durante horas.



El jefe ocupa el primer eslabón jerárquico de la manada.



Si el toro retado acepta la lucha, ambos chocarán con violencia sus defensas.



Desde las primeras edades son frecuentes las peleas.



El perro, elemento fundamental en el manejo del toro en el campo.



Una vez establecida la situación jerárquica, llega la calma.



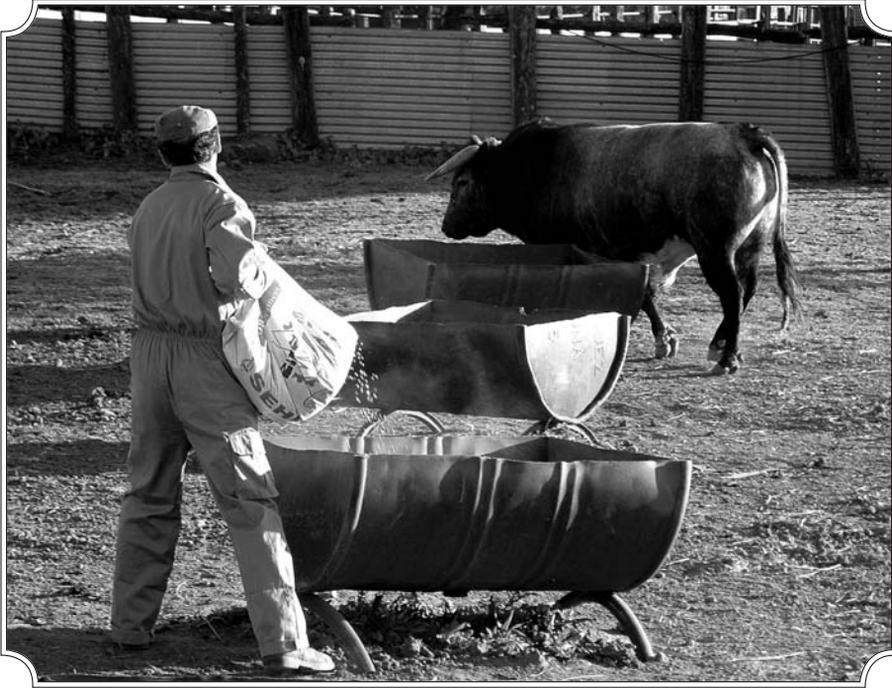
Cada res va disponer de un espacio vital seguro.



La zona social es la que va a delimitar las situaciones de dominancia, igualdad o sumisión.



El hecho de arrancar las cortezas de los árboles denota posesión territorial.



Se debe evitar que el animal adquiera familiaridad al suministrarle pienso y forraje.



La altitud y la temperatura van a influir poderosamente en las características de los toros.